

## SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

## LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## ADRIANA LECOUVREUR.

La señorita Lecouvreur, célebre actriz de Francia, nació en Fismes, pequeña ciudad de la Champaña, entre Reims y Soissons, en el año de 1690. Su padre fué

ligente, se prendó de las felices disposiciones de Lecouvreur, y resolvió enseñarla. No tardó la jóven en ser contratada para los teatros de provincia; recorrió la Alsacia y la Lorena, y por una senda sembrada de flores y coronas, llegó por fin á la Comedia francesa, é hizo su primera salida el 14 de mayo de 1717. La señorita Duclos, aunque reina de la escena, fué aquel día destro-

tratar todas las pasiones del alma. A todo daba mayor realce el gusto, el esmero y riqueza de sus trages, el aire magestuoso de su presencia, y sus gestos siempre exactos y enérgicos; tales el retrato que nos dejó la señorita Lecouvreur.

Poseía el arte supremo de los grandes actores, de penetrarse á tal punto de las pasiones que debía espresar, que podía decirse que su vida era un compuesto de la de los personajes que representaba en las tablas. Ninguna actriz hizo jamás verter tantas lágrimas por los infortunios de imaginarias heroínas de teatro. Producía una completa ilusión, y arrebató á los espectadores y á sí misma, trasladándolos á otros siglos y países; así cuando representaba á Berenice, Isabel, Yocastro, Paulina, Atalia, Zenobia, Rojana, Atalida, Ifigenia, Hermione, Erifila, Emilia, Electra, Cornelia, etc., ningún espectador se hallaba en el teatro, sino en los países que eligió el poeta, y todos estaban dispuestos á tomar parte en la acción, cual los coros de las tragedias antiguas; já tanto llega el prestigio de los grandes actores! También representaba Lecouvreur papeles cómicos, según se acostumbraba entonces; no lograba en ellos un desempeño tan cabal.

La señorita Lecouvreur representaba con harta perfección el amor para no sentirlo en realidad; así que se abandonó á esta pasión que inspiraba á cuantos la veían como una verdadera heroína; tuvo por adoradores á ilustres personajes, y entre ellos al conde de Sajonia, que por algún tiempo logró la preferencia sobre todos sus rivales; pero Adriana no tenía la fidelidad de las virtuosas princesas que tan bien representaba, por lo que el conde de Sajonia, especie de Hércules, no tuvo la habilidad de conservar á su amante, y siendo por demás celoso, dió lugar, según cuentan, á la siguiente curiosa anécdota. Cierta noche en que Adriana se mostró con él mas tierna de lo acostumbrado, é hizo un exagerado panegirico de

penetración, sospechó que aquello lo hacia para mejor alucinarle, y resolvió asegurarse de ello. Creyó que su rival se hallaba en posesión de la llave de cierta puerta que le pareció sospechosa, y por la cual podía introducirse muy bien durante su ausencia. El conde se arrancó un cabello de su cabeza, y lo pegó con cera en el ojo de la cerradura de la sospechosa puerta, de modo que no pudiese intro-



ADRIENNE LECOUVREUR.

nada, y Adriana de un salto se puso en el primer puesto. Según cierto biógrafo, fué Adriana de estatura regular; su cabeza y espaldas muy bien formadas; sus ojos estaban llenos de fuego y espresion; su boca era linda, algo aguileña su nariz; sus modales hechiceros, y noble y sosegado el continente. Aun cuando un tanto delgada, no resultaba menoscabo alguno á la belleza de su fisonomía, cuyos rasgos marcados eran propios para re-

la fidelidad, él como hombre de penetración, sospechó que aquello lo hacia para mejor alucinarle, y resolvió asegurarse de ello. Creyó que su rival se hallaba en posesión de la llave de cierta puerta que le pareció sospechosa, y por la cual podía introducirse muy bien durante su ausencia. El conde se arrancó un cabello de su cabeza, y lo pegó con cera en el ojo de la cerradura de la sospechosa puerta, de modo que no pudiese intro-

la fidelidad, él como hombre de penetración, sospechó que aquello lo hacia para mejor alucinarle, y resolvió asegurarse de ello. Creyó que su rival se hallaba en posesión de la llave de cierta puerta que le pareció sospechosa, y por la cual podía introducirse muy bien durante su ausencia. El conde se arrancó un cabello de su cabeza, y lo pegó con cera en el ojo de la cerradura de la sospechosa puerta, de modo que no pudiese intro-



ducirse la llave sin romper aquella sutil barrera. Volvió pasada una hora, y el cabello había desaparecido. Hizo mucho ruido en la puerta, hasta que quiso abrirla Adriana, y no bien hubo el conde penetrado, quiso descubrir á su rival escondido en algun rincón. Dicen que Adriana se justificó; pero ¡cuántas mugeres sin ser tan consumadas actrices, han tenido igual talento en semejantes circunstancias! ¡tan crédulo es el amor á la par que celoso!

El conde fué quien mas tarde dejó de ser fiel, y á ser verdad los rumores, las consecuencias vinieron á ser muy fatales para Adriana, que segun aseguran murió envenenada. Esta relacion se funda en lo siguiente. Parece que la duquesa de B\*\*\* exigía al conde el sacrificio de la señorita Lecouvreur, que hacia poco tiempo que sabiendo que el conde se hallaba en cierto apuro, vendió para sacarle de él todos sus diamantes, con el objeto de prestarle 40,000 libras. El conde se negó, pues el agradecimiento, ya que no el amor, le mantenía en brazos de la generosa actriz. En una ocasion en que se representaba *Fedra*, y en la que la duquesa se hallaba en uno de los primeros palcos, la vió Adriana, y como no ignoraba los esfuerzos que hacia para apoderarse del conde, no pudo refrenar su resentimiento, y al llegar á estos célebres versos:

..... Je sais mes perfidies,  
OEnone, et ne suis pas de ces femmes hardies  
Qui, goutant dans le crime une tranquille paix,  
Out su faire un front qui ne vougit jamais; (4)

en vez de dirigirse á OEnone, se volvió de frente á la duquesa con este apóstrofe. El público que tenia conocimiento de esta intriga, prorrumpió en una salva de aplausos por la oportunidad de la alusion, lo cual sofocó á la duquesa, quien juró vengarse de la actriz. Algun tiempo despues, cierto abate, que segun se decia, tomaba parte en la venganza de la duquesa, presentó á la infeliz Lecouvreur unos dulces que produjeron su muerte. Hé aqui el epitafio que le compusieron:

LA SEÑORITA LECOUVREUR, MURIÓ EL 44 DE MARZO DE 1730.

El entierro de Adriana Lecouvreur prueba el triste fin de las cosas del mundo, en que todo es vanidad, como dice Salomón; esta adorada reina, esta divinidad de teatro, ni aun obtuvo la comun sepultura que se concede á los mortales; no hubo tiempo para arreglarse con la iglesia, y el clero se negó á tomar parte en su entierro, y por lo tanto su cuerpo fué conducido de noche á un rincón de la calle de Borgoña, y allí la entierran dos mozos de cordel. ¿En donde estaba el conde de Sajonia? Voltaire se indigna por tamaña estupidez, propia de salvajes, viendo que al mismo tiempo en Inglaterra se concedían los honores de entrar en la capilla de Westminster á la célebre actriz Ana Oldfields, sobre lo cual dirigió á Mr. Falkener, negociante inglés, unos hermosos versos en el prefacio de la *Zaira*.

Voltaire, que pretende haber cerrado los ojos á la amable Adriana, nada dice respecto á la anécdota del veneno, y acaso no sea cierta. Cuando murió Adriana, acababa de representar el papel de Yocasta, y el poeta lloraba á su actriz. En sus relaciones con las personas mas distinguidas de su tiempo, y con el estudio constante de las obras maestras de la lengua francesa, habia formado y adornado su entendimiento; así es que tenemos de ella una coleccion de cartas de muy buen estilo y conceptos. Muerta á los cuarenta años, dejó en pos de sí recuerdos que pronto se borraron, pues el cielo, que protege al teatro francés, hizo nacer el genio de la señorita Dumesnil, que brilló mucho mas todavía.

#### APUROS DE UNA VISITA (2).

De mas de veinte mil siete-mesinos  
Poetas que de serlo están en duda  
Llenas van las sendas y caminos.  
(Cervantes, *viage al Parnaso*).

Confieso, amado lector, que al ver la prontitud con que en este siglo ilustrado puede un aprendiz subir á maestro en eso que llaman literatura, he tenido tambien impulsos de hobrear en ella con ciertos rudimentos que adquirí en mis mocedades, y que un jesuita caritativo tuvo la paciencia de hacerme comprender. Decia yo para mis adentros: pues señor, esto de hacerse uno célebre es hoy dia facilísimo y no de desperdiciarse;

(1) Conozco mis perfidias, OEnone, pero no soy de esas mugeres osadas, que gozando de una tranquila paz en medio del crimen, nunca colora sus frentes la vergüenza.  
(2) Aun cuando la moda de los artículos del género del que insertamos con este título, ha tenido la mala ventura de prodigarse hasta la saciedad, y de verse relegada con los muertos, mucho antes de que lo fuesen los bardos de vena jacaresca, que para honra y prez de la nacional bandurria, siguen regañando con las musas, sus enemigas naturales. Como quiera que el suceso de que se trata no es un cuento inventado de propósito para distraer á los lectores, sino que aconteció no hace muchos años á nuestro ilustre y erudito amigo don Anacleto Tovira, sabio de grandes pretensiones, nos atrevemos á publicarlo, pasando plaza de antiguos, y si quiera se apesadumbe la numerosa piara de barbarizantes trovadores, que dijo el otro criconic de cal y canto, llamado Moor de Fuentes, á quien la tierra pudre en este momento para eterno dolor de sabios y puristas.

(N. del A.)

los periódicos dejan franca la puerta (tan hospitalarios son los de la época): escribo cuatro articulazos sobre la regeneracion de la literatura española: hablo de misiones y de escuelas, de principios infalibles, de abstracciones filosóficas y de ensanches al genio. Improviso unas cuantas poesías meticulosas, y por coleta un drama fantasmagórico, de los que en lenguaje moderno se apellidan históricos, y en menos de lo que necesito para figurármelo, anda mi nombre por las esquinas, en boca de las gentes y en la de los periódicos, que son los los que mas honra y provecho acarrear.

Pero al formarme tales ilusiones, recordaba que en mis tiempos, para escribir poco era necesario estudiar mucho, y que este mucho se hacia concienzudamente en infolios de á vara; cate vd., pues, una renuncia estoica á mis proyectos de envidiable celebridad; porque es de saber que como soy moderno chapado á la antigua, no puedo avenirme con esa instruccion enciclopédica de los que no lo son, y permitiría antes que escribir una sola linea sobre lo que no atañe á mi escatimado repertorio, que las diez musas con el señor Apolo á la cabeza, me repelasen hasta no dejar hebra sana en mi ya cenicienta cabellera. Sin embargo de esta aversión mia á todo lo industrial y ridículo, no me he escusado de adquirir una barajita de amigos literatos, y á logro de su amistad algunos compromisos, que como el que voy á referir han venido á formar de tiempo en tiempo graciosos y picantes episodios en mi vida literaria.

Hará, pues, como cosa de un año, que teniendo yo necesidad de marchar por algunos dias á una ciudad de este antiguo reino para asuntos particulares, creí oportuno dirigirme antes de todo á los amigos, á fin de que me acudiesen en aquella cuita de nueva especie para mí, con esos salvo-conductos indispensables á todo forastero, que llaman *cartas de recomendacion*, las que obtuve sin dificultad tan apreciables como debia esperar de mis buenas relaciones. Dispuesto ya para el viaje, y fortificado con las medicinas espirituales que nuestros mayores habian por costumbre recibir al dejar sus dioses lares, salté sobre una mula buscando en ella el punto céntrico de mi comodidad; piqué de espuelas y... dejaré de referir lo mucho que vi y me aconteció en el discurso del viaje, para llegar á la entrevista curiosa que á poco de arribar á mi destino, tuve con el príncipe de los poetas provinciales de este siglo, por esencia literato.

Era la segunda mañana de mi permanencia en la ciudad: estaba poniéndome las botas para echarme á recorrer las calles en busca de curiosidades antiguas, cuando senti llamar pausadamente á la puerta de mi cuarto, como quien teme sorprender la quietud meditante de un monge en oracion.

—Adelante, exclamé, concluyendo mi necesaria tarea, y en seguida vi entrar á un joven como de unos veinte á veinte y dos años, vestido *au dernier gout*, con su larga y emblemática melena, su indispensable antejo, y su anteado guante.

—¿Supongo que tengo el honor de saludar al señor don Anacleto Tovira, antorcha rezagada de la literatura clásica del siglo XVIII? me dijo, doblándose como un junco.

—Para lo que vd. guste mandar, caballero.

—Lo haré con entera franqueza, porque entre las personas que tenemos la dicha de comprendernos, debe haberla estremada.

Ofrecile un asiento, y despues continuó:

—Ha de saber vd., don Anacleto, que yo soy poeta.

—¡Alabado sea Dios!

—Y amigo íntimo del que me encarga que visite á vd., don Roque Palinodia.

—Muy señor mio.

—He escrito en menos de dos meses varias poesías, algunos discursos literarios, y cuatro dramas históricos.

Que mas de ciento en horas veinte y cuatro  
Pasaron de las musas al teatro.

—Sobrada porcion para la edad de vd.

—¡Oh! la juventud de este siglo, no es como la del pasado, ignorante y holgazana.

—Ciertamente, en este siglo es mas vividora, mas ideal, mucho mas ilustrada, y... supongo que siendo usted en esta pobre ciudad el único joven de conocida instruccion, podrá decir como aquel héroe de Montalban.

Pues yo en ir solo mi ventaja fundo  
Porque basto yo solo para un mundo,

—¡Ah! debiera ser así, pero mi destino funesto me ha condenado á luchar con mas de dos docenas de poetas, cuya mision sobre la tierra es parodiar mis limpidas composiciones.

—¡Cáspita! *imitatores servum pecus*: ahí tiene vd. la juventud del siglo.

—Y lo mas cruel de todo es que prodigan servientes elogios á los clásicos que murieron, y yo, puro manantial de sus insulsos mamarrachos, no tengo ni una hoja para poder tejer mi corona apetecida.

—Hombre, ¡qué injusticia tan bárbara! bien hace vd. en estar quejoso.

Que he de callar si hay majaderos,

Críticos y severos,

Que con juicio profundo,

A otro no alaban porque está en el mundo,

Y aplausos dan eternos

Al que estará quizás en los infiernos.

—Pero ¡ah! yo me vengaré, pienso escribir una sátira sangrienta contra esos escarabajos literarios que á la sombra de mis laureles van tomando tantos medros.

—Si, amigo mio, debe vd. castigarlos, porque es una imprudencia que cualquier chisgarabis se meta á maestro en esta tierra, donde tantas vigiliás cuesta el tan solo aprendiz. Nadie mejor que vd. puede probar lo que digo.

—Si señor, muchos desvelos ha costado á mi carcomido espíritu: pero al fin soy literato, y en prueba de ello, y de que merezco remontar el vuelo á mayor altura que mis enemigos, tenga vd. la bondad de pasar la vista por esos jugueteillos medio improvisados en mis ratos de ocio.

—¡Oh! gracias, no puede ser: me esperan en este instante necesarias ocupaciones y no me es posible servir á vd.

—Ese instante es el que yo necesito para ser dichoso, porque pienso vender la propiedad de mis fragmentos á Mellado, y si vd. les pone un prólogo de recomendacion, el despacho será inmenso, cual mi fama adquirida.

—Pero hombre, si yo no entiendo de fragmentos, ni de prólogos recomendaticios.

—Y entonces derrotaré á mis adversarios.

—Mire vd., señor poeta, que soy lego en la materia....

—Y se verá mi retrato al frente de mi obra...

—¡San Francisco me valga!...

—Y un amigo escribirá mi biografía.

—Estoy enterado.

—Con que escuche vd. Y al decir esto sacó un fajón monstruoso de papeles, los tendió sobre la mesa, aproximó una silla y se dispuso á leerme los mal de mi grado. Yo principié á temblar, porque nunca habia sospechado que la conversacion llegase á este trance tremendo; pero el daño estaba hecho y era necesario remediarlo, ya que no me fuera posible disiparlo de todo punto: disculpé y no acertaba con el medio, iba á ensayar uno decisivo, cuando el furioso vate, echando mano á los anteojos y acomodándose sin ceremonia en su silla principié la lectura de una balada en estos términos.

#### MI AMOR, CUENTO ROMANTICO.

De Fuentecan'os salió,  
Una bella en noche oscura,  
Mostrando al sol que murió,  
Luz mas clara que radió  
De su frente hermosa y pura.  
Y en su porte y su tristura,  
Y en su planta silenciosa,  
Se vislumbra la ternura,  
Y el afán de la amargura,  
De inocente niña hermosa.

.....

Una rotura habia empezado á sentir en mi paciencia desde el primer verso, la cual iba en aumento rápidamente con el sonsonete de la composicion; por lo tanto no pude menos de suplicar al poeta con dulzura que tuviese la bondad de pasar á otra cosa, porque la balada ya se conocia lo que podia ser. El vate tuvo la condescendencia (que no fué poco) de dejar la lectura principiada de su cuento, para emprender la de la siguiente sátira *unipersonal* y *poética*.

O ciertos vates novisimos,  
Han perdido la chaveta  
O se engaña este liceo,  
Segun veo,  
Cuando te llama poeta.

—Alto ahí, señor literato exclamé, esa estrofa es hija, segun creo, de Breton. Quizá el aviso lo sea de la imprudencia, pero tan malo me parece conjugar versos por el verbo *remisiscor* como adquirirlos por el de *rapto rapere*.

—Pues crea vd., don Anacleto, que no he visto nada de ese escritor; será que los dos hayamos tenido la misma idea en la mente como diz que aconteció muchas veces á Shakespeare y Lope de Vega.

—Si, bien podrá ser (con permiso de la comparacion) Y diga vd. ¿qué significa en la sátira el *unipersonal* del epigrafe?

—Que va dirigida á una persona.

—Mucho; ¿y el poética?

—Que está escrita en verso.

—Amigo mio, estoy satisfecho. He probado los quilates del talento de vd. y veo que no hay nada que se le iguale. Deje vd. aquí sus papeles: vuelva por ellos mañana, que entonces ya los habré leído minuciosamente y podré dar á vd. mi pobre voto, sin duda alguna favorable.

—¿Con el prólogo tambien? ¡Ah! eso será lo que complete mi ventura, porque ha de saber vd. que mas de una vez me han dicho que era yo un genio adolescente, destinado á resucitar las glorias muertas de esta heroica ciudad; pero como el elogio procedía de seres desautorizados en el reino literario, ni yo he querido darle el mayor precio, ni él ha contribuido tampoco á difundir el eco de mi fama por la estensa region del universo; pero vd. don Anacleto, dirá á sus amigos que ha encontrado una joya entre los escombros, una joya, si, bien puedo hablar de este modo delante de vd. que conoce



## UNA HORA DE SUEÑO.

—

toda la intensidad de mis escritos, y sus amigos lo creerán por que sale de su boca, y mi nombre figurará para en adelante en el repertorio biográfico-poético de para vates españoles. ¡Oh! qué felicidad, don Anacleto, los vates españoles. ¡Oh! qué felicidad, don Anacleto, voy a participarla en seguida a todos mis amigos y admiradores.

—Vaya vd. con Dios y no vuelva mas en su vida, dije cuando le vi desaparecer como una sombra por la escalera; ¿habráse visto un necio mas rematado? ¿Y es este el siglo de las luces? ¿Y es esta la ventaja positiva de la enciclopédica instrucción de las escuelas? ¿Son estos los adelantos reales de la humanitaria regeneración social de que tanto nos hablan? Los que discurreis como mi poeta, los que busqueis en la erudición periodística el término de vuestro afanos saber, echad una ojeada sobre las muestras que os doy de sus tristes engendros, y arrepentios, porque poco mas, poco menos, la mayor parte de los que andan en circulación son iguales.

La inopinada visita del vate y su desenlace singular me habian sacado de quicio; necesitaba poner orden en mis ideas y de ningún modo creí lograrlo mejor que fijando la atención en las composiciones que estaban esparcidas por mi mesa.

Confieso que entiendo poco de versos y mucho menos de versos malos; digo esto, porque en competencia de dos poesías, la una buena y la otra mala, mi instinto se dirige a la buena, no precisamente porque sea mejor, sino porque acostumbrado a leerlas buenas desde niño, descubro con mas prontitud sus bellezas que sus defectos. ¡Qué circunstancia tan apreciable para el bardo provincial! Efectivamente mi ceguera debió ser su áncora de salvación; pero los fragmentos eran tan visiblemente malos, los discursos tan soporíficos, y un medio drama histórico tan tremebundo, que a pesar de mi poca destreza en el arte no pude menos de horripilarme. Aun dudé por algunos instantes si la impresión fatigosa que me producian aquellos abortos se debería a su maldad intrínseca, ó a alguna ofuscación repentina de mi cerebro. Con esta esperanza, y la de poder hablar siquiera dudosamente a mi visitante, resolví leer de nuevo sus fragmentos. Tomo uno, lo dejo, tomo otro, se me cae de las manos, arrojo el gancho como los traperos en busca del mas decente... los miro todos, y ¡Santa Virgen de la Almudena! exclamé desfallecido. ¿Es este el poeta, el literato que solicitaba un prólogo mio, y de recomendación nada menos? ¿Es este el que espera de mi voz su desagradio ante el orbe poético y literario?... Yo le aseguro que ha de oír tan sonora y resuelta, que no le quede afición para volver a tomar la pluma en su vida.

Mi pobre poeta habia leído muchas cosas ridículas, muchas cosas perjudiciales, y nuevo Quijote se lanzaba por las regiones aéreas en busca de horripilantes y terroríficas aventuras. Compadezcame su situación y quise curarle radicalmente, valiéndome de la superioridad que sobre él me daban mis canas.

Como mi marcha de retorno debía verificarse tres dias despues de la memorable entrevista, creí conveniente devolver al vate bajo un sobre sus espantosas poesías y por medio de una carta anunciarle, al paso que el remedio de su enfermedad, el motivo que tenia para rehusar sus visitas. Tomé, pues, la pluma sin vacilar y le escribí la siguiente carta jaculatoria y de despedida.

Muy señor mio:

He visto detenidamente las poesías que tuvo vd. la amabilidad de someter a mi pobre juicio, y en cumplimiento de la obligación voluntaria que entonces contraí debo decirle que no han dejado satisfecha la esperanza que de su mérito concebí. Vd. sabe muy bien que la poesía es un don del cielo, que son pocos los escogidos y que por eso suele decirse. «En materia de versos los medianos y los malos son iguales.» Sabe vd. también que los versos improvisados, como las noticias, al día siguiente no valen nada; razon por la que no declarándose en vd. los efectos de la divina gracia que en todos los iniciados se muestra, me atrevo a aconsejarle que abandone esa que puede llamarse su mania poética y se dedique a cosas de mayor monta. El aprecio que vd. me ha inspirado mueve mi corazón a hablarle de esta manera, pues ciertamente quedaria muy afligido si se dijese de vd. lo que *Hernando de Acuña* dijo de don Gerónimo de Urrea con motivo de una menguada traducción que hizo este del *Ariosto*:

Mas ¡ay! señor de aquella  
Cuya beldad de vos fuere cantada!  
Que vos dareis con ella,  
Do verse sepultada  
Tuviese por mejor que ser loada.

Queda de vd. afectísimo

O. B. S. M.  
Anacleto Tovira.

La medicina, segun supe despues, produjo el efecto que deseaba don Anacleto. El vate se convirtió en oficinista de una de correos, y al presente goza tranquilamente con su familia de una vida frívola, sin acordarse ya de versos ni de poetas.

F. SEPULVEDA.

La mayor parte de los sucesos que ejercen una influencia directa en el curso de nuestra vida y hasta en nuestro destino final pasan casi desapercibidos de nosotros. Existe, sin embargo, otra clase de sucesos ineficaces que ocurren a nuestro lado y nos tocan muy de cerca, y no obstante, no producen ningún resultado positivo, ni revelan su aproximación por el reflejo de ninguna luz ni por la proyección de ninguna sombra en el espejo de nuestra alma. Si conociésemos todas las vicisitudes de nuestra fortuna, rebosaría la vida en esperanza y temor, en exaltación y desaliento, dejándonos apenas disfrutar de una hora de verdadera calma.

Para esplanar mejor esta idea, voy a trasladar a continuación una página de la historia secreta de un joven, cuyo nombre no nos importa averiguar.

Nada tenemos que contar de él hasta los diez y nueve años de edad, en que le vemos viajando a pie desde su pueblo natal a Sevilla, a donde se dirige a buscar fortuna. Esto sucedía en verano, y al llegar al medio día, acosado por el calor y la fatiga, se introdujo en un bosquecillo de sauces en busca de sombra, a esperar a que pasase la diligencia. Afortunadamente distinguió en el mismo bosque, que parecía plantado espesamente para él, una alfombra de fresca yerba por cuyo centro corría un manantial de agua tan pura y cristalina, que hubiera podido figurarse que ningún pasajero sediento habia aplicado a ella, antes que él, sus secos labios. Apagó en aquella agua, fuese virgen ó no, su sed, y tendiéndose despues junto a la fuente, improvisó una almohada con un lio compuesto de dos camisas y un pantalón que llevaba envuelto con un pañuelo de algodón a cuadros, el cual formaba todo su equipaje. En aquella alcoba no podían penetrar los rayos del sol: el polvo del camino habia desaparecido, merced a una lluvia pasajera del día anterior; la fresca yerba le pareció al joven un lecho mas blando que un mullido colchón de pluma; el manantial seguía murmurando mansamente a sus oídos; las ramas de los sauces se movían sobre su cabeza como grandes abanicos; todo convidaba a dormir, y nuestro pasajero se quedó sumergido en un profundo sueño, que harían tal vez mas dulce otros sueños de felicidad... Pero dejémosle descansar y vamos a ocuparnos de los sucesos que ocurrieron mientras dormía.

Veíase el camino poblado de pasajeros que iban y venían a pie, a caballo y en toda clase de carruajes. Los unos pasaban sin mirar a un lado ni a otro, y por consiguiente, no percibían la agreste estancia ni el joven dormido: otros le veían, pero a los dos pasos, ya no se acordaban de él: algunos se sonreían al verle dormir tan profundamente, y otros, por último, de carácter desdenoso, no dejaban de dirigirle una expresión de desprecio. Una viuda que habia dejado ya de ser joven, se aprovechó de un momento en que nadie pasaba por el camino, para asomar la cabeza por entre los sauces, y declaró en un *aparte*, que el joven dormido era un bello mozo. Un cura que iba a caballo en una mula, se detuvo a contemplarle, y tomó una apuntación en su breviario, proponiéndose citar en el próximo sermón al pobre mozo, como un ejemplo desconsolador de los efectos de la embriaguez, que abandonaba a sus víctimas por los caminos reales. Pero, ¿qué habia de sacar nuestro joven de las censuras, alabanzas, burlas, indiferencias y desprecios de que era objeto?

Apenas habrían pasado algunos minutos que estaba dormido, cuando a poca distancia del bosque, se detuvo un coche negro tirado por dos caballos bayos, a causa de la descompostura de una de sus ruedas, cuyo tropiezo, aunque no de mucha consideración, produjo un momento de alarma en un viejo comerciante, que con su esposa regresaba en él a Sevilla. Mientras el cochero y el lacayo ponían manos a la obra para reparar aquella avería, el anciano caballero y su cara mitad, se refugiaron a la sombra de los sauces en donde hallaron al joven dormido y vieron la fuente cuyo suave murmullo alentaba su sueño. Cediendo a la natural impresión que difundía en torno suyo todo el que duerme, por muy humilde que sea su condición, el comerciante detuvo el paso, y fué pisando con la sutileza que la gota le permitía; y su esposa tuvo mucho cuidado de que el roce de su vestido de seda no despertase al mozo.

—¿Cómo duerme! dijo a media voz el viejo comerciante: ¡con cuánta facilidad respira ese solitario pecho! Por disfrutar de un sueño tan apacible sin recurrir al opio, daría gustoso la mitad de mis bienes; porque si yo durmiese así, seria prueba de que estaba bueno y libre de toda molestia.

—Y de que auneras joven, debías haber dicho, añadió la señora: para dormir así, no bastan la salud ni la tranquilidad de ánimo: se entiende, cuando se llega a nuestra edad: ni nuestro sueño ni nuestra vigilia se parecen en nada al sueño y a la vigilia de la juventud.

Cuanto mas contemplaba la antigua pareja al muchacho, mas se interesaba por él; no pudiendo explicarse que cuatro árboles a la orilla de un camino, le concediesen el dulce sueño que muchas veces niega el mas elegante dormitorio con cortinas de damasco. Habiendo observado la buena señora que se iba corriendo poco a poco un rayo de sol hacia la frente del joven, procuró torcer una rama de sauce para interceptarlo, y consumado este acto de beneficencia, experimentó hacia él un afecto maternal.

—La Providencia, le dijo despues a su marido, parece que le ha guiado a este sitio, conduciéndonos tambien aquí a nosotros, cuando acaba de darnos un disgusto el

hijo de nuestro primo. Me parece reconocer en esas facciones las de nuestro Enrique. ¿Le despertamos?

—¿Y para qué? preguntó vacilando el comerciante; ¿sabemos acaso quien sea ese joven?

—Esa fisonomía tan franca y espresiva, prosiguió su muger en voz baja y con igual interés; ese sueño inocente....

Mientras pasaban estos cuchicheos tan cerca del dormido mozo, ni su corazón latía con mas vehemencia, ni su respiración parecia penosa, ni su fisonomía revelaba la menor emoción. Y no obstante, la fortuna entreabría su mano y se disponía a soltar una de sus joyas. El viejo comerciante habia sufrido la pérdida de su hijo único, y no le quedaba mas heredero que un pariente lejano, cuya conducta acababa de ocasionarle un serio disgusto. En semejantes ocasiones, los ricos suelen hacer cosas mas estrañas que el convertirse en mágicos, y decirle a un joven: «Te dormiste pobre, despiértate rico.»

—No le despertamos! repitió la señora con acento persuasivo.

—Señor, el coche está corriente: dijo en aquel momento el lacayo apareciéndose entre los sauces.

Los dos viejos se estremecieron, avergonzándose, y se dieron prisa a salir del bosque, admirándose tanto el marido como su muger de que les hubiera podido ocurrir una idea tan ridícula. El comerciante se arrellanó en su carruaje y empezó a trazar en su imaginación los planos de un magnífico hospicio para los jóvenes desgraciados.... Entre tanto nuestro héroe seguía durmiendo.

Apenas se habia alejado el coche un cuarto de legua, cuando llegó una linda joven saltando y brincando como si llevase con sus pies el compás de los latidos de su corazón. Tal vez tuviese la costumbre de andar así, pero debo decir en honor de la verdad, que en aquel mismo instante se le cayó una de las ligas, creo que era de seda, y se detuvo para meterse en el bosque a reparar aquel pequeño contratiempo. Apenas vió al joven, coloreóse su semblante como una rosa, al pensar que se acababa de introducir tan indiscretamente en el dormitorio de un mozo, y por una causa semejante. Ya iba a retirarse con las puntas de los pies... pero en aquel momento le vió amenazado de un peligro, y se detuvo.... Una avispa monstruo que andaba zumbando y revoloteando entre las ramas, fué a posarse en el párpado del dormido mancebo. El aguijón de la avispa suele ser algunas veces mortal. La muchacha tan buena como sencilla atacó al dañoso insecto con su pañuelo, persiguiólo y lo ahuyentó del bosque. ¡Qué cuadro tan patético! Conseguida la victoria, agitada y mas encendido que antes el carmin de sus mejillas, volvióse la joven a dirigir la última mirada al desconocido por quien se acababa de ver en descomunal batalla con el dragon aéreo.

—Me parece bien, pensó en su interior y se puso aun mas colorada.

¿Por qué no se animó entonces el sueño de nuestro joven con un sueño de felicidad que le hiciese ver, al menos entre sus graciosas visiones, la imagen de su hermosa libertadora? ¿Por qué no se dibujó en sus labios, una sonrisa que espresase la buena acogida a que era merecedora? Porque aquella joven abrigaba el alma, segun la poética idea de Platon, que fué separada de la suya, y era la misma que tantas veces habia invocado en sus ensueños apasionados y en sus vagos deseos. Solo a ella hubiera podido amar con un amor perfecto; y él solo podia penetrar los secretos mas intimos de su corazón. ¿Por qué, pues, ha de desaparecer esta joven tan buena y candorosa, como una vana imagen, sin poderla conocer ni volver a verla en su vida?

—¿Cómo duerme! murmuró la muchacha.

Su padre era un negociante muy acreditado que se hallaba establecido en un pueblecito inmediato, y precisamente necesitaba un amanuense de la edad de nuestro joven. Si este hubiera hecho conocimiento con ella en el camino, hubiese sido colocado en su casa y lo demas habria venido por sus pasos contados. Pero no sucedió así. La fortuna de nuestro héroe, bajo su forma mas graciosa, volvió a pasar tan cerca de él, que su jubón tocó su chaqueta y él nada supo.

Apenas se perdió de vista la muchacha, se aparecieron en el camino dos hombres, cuyo aspecto y malas trazas nada tenían de simpático; dándoles un aire mas siniestro los pañuelos que llevaban atados a la cabeza, que casi les llegaban a las cejas. Esta pareja pertenecía a la clase de seres malvados que se buscan la vida por los caminos y despoblados por medio de toda clase de maquinaciones infernales. Dirigianse al bosque a jugar a los naipes el producto de su última aventura, mientras les deparaba el demonio una nueva víctima: pero al ver a nuestro joven dormido junto a la fuente, uno de los ladrones le dijo a su camarada.

—Hola ¿ves el lio que le sirve de almohada?

Su compañero le respondió con un signo afirmativo de cabeza; luego se encogió de hombros y guiñó el ojo.

—Apuesto media azumbre de vino a que ese mocito ha guardado su dinerillo en el pañuelo. Si no es así, tendremos que apelar a los bolsillos del pantalón.

—¿Y si se despierta? dijo el otro ladrón.

Su compañero por toda respuesta se levantó un poco el chaleco y dejó ver el mango de un puñal.

—Pues manos a la obra.

Aproximáronse entrambos al dormido mozo y mientras el uno tenía la punta del puñal sobre su corazón el otro metió la mano con tiento en el atado y empezó a registrarle. Aquellas dos figuras afeadas por el crimen



y por todas sus bajas pasiones, ofrecían un aspecto repugnante y horrible. Si en aquel momento hubiese abierto los ojos nuestro joven, las hubiera podido tomar por dos demonios, al ver sus atroces miradas. ¡Ah! si los ladrones se hubieran mirado en el espejo de la fuente se hubieran asustado de sí mismos. Pero el mancebo no había disfrutado de un sueño mas tranquilo desde que se durmió por primera vez en el regazo de su madre.

—Es preciso sacar el pañuelo á todo trance: dijo uno de los facinerosos.

—Si se mueve, dijo su camarada, le clavo el puñal.

Pero en aquel momento se presentó un perro en el bosque siguiendo con el hocico una pista: miró á los dos ladrones y al joven dormido; y despues, bebió en la fuente.

—Vámonos, dijo uno de los bandidos, ya no podemos hacer nada: el amo del perro no debe estar lejos.

—Bebamos antes un trago, le contestó su camarada.

El que tenía el puñal en la mano, lo ocultó en el cinto, y sacó en cambio un frasco de aguardiente; y despues de llevarlo alternativamente á los labios hasta agotarlo, se alejaron los dos facinerosos echando por la boca sacrilegas blasfemias contra la mala suerte que acababa de arrebatárselos su nueva presa. Al cabo de algunas horas ya no se acordaban de nada; ni aun de que existe un ángel en el cielo que había anotado en el registro de la vida y de la muerte, con caracteres indelebiles, aquel nuevo crimen de intencion. Con respecto á nuestro joven, seguía durmiendo, muy ageno de pensar que la fantasma de la muerte acababa de visitarle.

Aunque aun no se había despertado, su sueño no era ya tan tranquilo; una hora de descanso había bastado para devolver á sus miembros su acostumbrada elasticidad. Empezó á moverse gradualmente despertándose, y parecia que articulaba algunas palabras, aunque no producian sus labios ningun sonido. Por último, se oyó en el camino el ruido de un carruaje, y el mancebo se acabó de despertar: era la diligencia: púsose de pie, y con toda su presencia de ánimo, gritó:

—¡Hé! ¡hé! mayoral! ¿hay asiento?

—Suba vd. á la imperial.

Saltó en efecto nuestro mozo dejándose llevar alegremente á Sevilla, sin dirigir una mirada de despedida á aquella fuente en la cual había pasado por tantas vicisitudes. Ignoraba que la imagen de la fortuna se había reflejado en sus cristalinas aguas: que una imagen del amor había unido un tierno suspiro á su blando murmullo, y que una imagen de la muerte había amenazado teñirlas con su sangre; y todo esto, en el transcurso de una hora que duró su sueño.

J. T.

#### RUSIA.—CAMINOS.—POSADAS.—CARRUAGES.

No hay en Rusia como en otras partes de Europa, diligencias cómodas para viajar de uno á otro pueblo, ni buenas posadas en los caminos; antes bien es necesario para ello poseer carruaje propio y abastecerlo de una cama y provisiones para un caso de necesidad. Pero cuando un viagero sabe arreglarse este modo de caminar no es nada desagradable, particularmente en invierno. Una narria de viage cubierta y capaz de contener tres personas, no cuesta mas que de 30 á 40 rublos, y cada caballo de posta cuesta solamente 5 copechs, unos seis cuartos españoles por versta, que equivale á un cuarto de legua castellana. La retribucion del postillon es segun el arbitrio ó generosidad del viagero, y si quiere puede no darle ninguna. Los caminos durante la estacion fria del invierno, son anchos y



Droschki ruso.

excelentes, pero en el otoño y primavera son intránsitables á causa de las lluvias y nieves derretidas; por otra parte, pueden transitarse sin ningun temor á encontrar ladrones. Solamente causan espanto al pasar cerca de

algunos bosques por la noche, los aullidos de los lobos, sin embargo, la simple campanilla suspendida del caballo, basta las mas veces á intimidarlos, y es preci-

nada. Semejante alegría tiene su interés, tiene su encanto; es la de un niño á quien se promete un juguete. El pobre labriego ruso, viviendo siempre bajo tute-



Iglesia de la Asuncion en Moscou.

so que se hallen muy hambrientos para que se atrevan á atacar á los viageros.

Los postillones no van montados; se colocan en el

la, no puede tener ni el carácter ni la gravedad del hombre que goza de la honra de ciudadano; y al considerar la multitud de vejaciones que sufre, los desahogos de su efímera alegría no pueden menos de regocijarse tambien á los que meditan su condicion y se interesan por ella. Improvisa cánciones sobre cualquier asunto ú objeto que le viene á la mente, y por hábito mezcla el nombre de Dios y de los santos con los juramentos mas extraños y originales. Al llegar al pie de algun monte por el cual es preciso trepar, reúne todo el poder de su elocuencia para manifestar á sus caballos lo humillante que fuera dejarse vencer por aquel obstáculo: si lo salvan con la velocidad que se espera de su amor propio escitado, les prodiga todo suerte de alabanzas y bendiciones; pero en el caso contrario los martiriza á latigazos, entonces los llama cobardes, y añade que nunca obtendrán el paraíso y que no son dignos de su afecto.

La falta de piedra que hay en Rusia obliga á construir los caminos con árboles enteros echados transversalmente y enclavijados por los extremos. Si cuidasen de hacer las reparaciones necesarias, esta especie de tablado, á pesar de los hoyos que forman en el los pies de los caballos, tendria al menos la ventaja de evitar el fango; pero la negligencia contribuye á que sean muy incómodos y peligrosos los caminos cuando no se hallan cubiertos de nieve. Se desprenden muchos tablones, ó gastados por el tiempo se rompen, y continuos balanceos amenazan hacer trizas á los caballos, carruages y viageros. Jamás tratan de quitar estos obstáculos, á no ser cuando se anuncia que ha de pasar por el camino el emperador, y aun en esta circunstancia se manda formar de intento un nuevo camino cuyo tránsito impiden por medio de barricadas, y solo despues de haber pasado el príncipe puede el público transitarlo.

El invierno es, pues, la única estacion del año duran-

carruaje, y el menor apoyo les basta. Si están animados con la esperanza de una buena propina, andan con extrema velocidad y no dejan de cantar desde el momento de la partida hasta llegar al término de la jor-



te la cual puede viajar cómodamente en Rusia. Una narria bien provista suple por todo. Los rusos bien acomodados se abrigan con blandas pieles, se tienden sobre un buen colchón ó cama de pluma que amortigua el traqueteo de la narria, va naturalmente muy poco sensible, y provistos de succulentos manjares y vinos confortativos de los mejores de España y Francia, andan de esta manera ochenta leguas en veinte y cuatro horas, comiendo, bebiendo y durmiendo como si estuviesen en sus propias casas. En algunas ocasiones mandan á sus criados que castiguen á los postillones perezosos, y por este medio logran lo que el viajador extranjero pagando y gratificando. Semejantes correcciones van dejando de menudarse á medida que adelantan los tiempos, sobre todo cuando el que viaja tiene que habérselas con algun labriego que pertenece al emperador.

Por lo regular, el viajero bien acomodado, se contenta con llevar una pequeña provision de vino, licores, té, azúcar, etc. Esta provision, está contenida muchas veces en una especie de cantina portátil con tetera y tazas correspondientes, y un vaso muy cómodo para hervir el agua, el cual se llama *samascar*. Está por lo regular compuesto de un receptáculo, atravesado en su parte superior por un tubo de metal, que sirve de chimenea, en donde se enciende un poco de carbon, y se hace hervir muy pronto el agua de que está lleno el vaso. Con respecto á viveres, se gastan los que da el país: la carne y caza son muy abundantes, y á precios muy cómodos.

En las pobres casuchas que sirven de posadas lejos de las ciudades no hay camas ni sábanas; pero en cambio, tienen paja fresca poblada de sabandijas que hacen durar la memoria de ellas á los que tienen la desgracia de dormir una noche en tales posadas, como no hayan tenido la prevision de hacer su cama en el rincón del cuarto donde están las imágenes de devoción. Por otra parte, la falta de sábanas, solo es sensible á los extranjeros, puesto que en Rusia, la mayor parte de los señores, no las usan; los aldeanos, duermen tendidos sobre pieles de carnero, y las llevan consigo á todas partes, lo mismo en invierno que en verano, y con ellas se cubren con esmero apenas tienen sospecha de estar resfriados.

Se cuenta desde Petersburgo á Moscou, 728 *verstas*, que equivalen á unas 182 leguas castellanas; sin embargo el emperador y sus correos, hacen el mismo trayecto en menos de 40 horas. Se da á estos el nombre de *feltiaigres* que proviene de la palabra alemana *feldjager* (cazador), y entran en la clase de oficiales. Como van armados de un sable y dos pistolas para un caso de necesidad, es preciso trastornarlo todo por ellos, y á veces se ven convoyes de centenares de carretas cargadas con mucho peso, obligadas á echarse á un lado y en

Aunque los ladrones armados son muy pocos en Rusia, no dejan de ser muy frecuentes las raterías y amables se muestran mas tiene que redoblar su vigilancia y precauciones. Estos rateros por nada se des-



Fuente de Baghtbek-Sarai, en Crimea.

estafas, las cuales requieren mas ingenio que valor y resolución. El viajero se ve precisado en cada parada

conciertan aun cuando los cojan *in fraganti*; antes llevan su desvergüenza al extremo de decir al viajero que todo ello no fué mas que una mera chanza, y que por lo tanto sentirian mucho que se encolerizase: con respecto á los grandes nada puede valer semejante excusa; pero el que se halla desvalido no tiene otro remedio que encogerse de hombros, pues la cólera y las imprecaciones podrian traerle consecuencias desagradables.

Ademas del correo extraordinario se encuentran en muchos caminos de trecho en trecho ciertos aldeanos llamados *yemchiki*, que llevan á pastar por los campos sus caballos y los ofrecen á los viajeros por un precio algo mas subido que el de costumbre, pero tienen mucha mayor velocidad. Si los sitios de relevo estuviesen distribuidos con mayor regularidad, este medio de transporte seria muy ventajoso, y se adelantaria mucho camino á muy poca costa, pero como aquellos no se hallan á distancias fijas sobre que pueda echarse la cuenta, es lo mas prudente valerse de los medios ya establecidos. Para cualquier carruaje, por voluminoso y pesado que sea, no se obliga á pagar mas que cuatro caballos; y si es necesario mayor número el dueño de la posta los suministra de valde. Bien calculado, el viajar en carruaje propio cuesta dos terceras partes menos en Rusia que en España.

Los buenos caballos rusos son muy vivos y ágiles y apenas se ven uncidos, cuesta mucho trabajo contener su impaciencia. Una vez dada la señal arremeten como un relámpago, y hacen seis leguas por hora sin necesidad de escitarlos, hasta que á veces á fuerza de ardor reventan. Cuando los correos reciben orden de acelerar todo lo posible su carrera reventan entonces muchísimos caballos, para los que el gobierno solo entrega al propietario la cantidad de 30 rublos á título de indemnización. En este caso no bendicen el servicio del emperador, pero cuando en su nombre se piden relevos, entonces los encargados de aporrearlos dan gracias al cielo y creen que semejante servicio es un extraordinario título de honor.

Las narias de invierno y los carruages que se usan en los viajes del verano se llaman *kibitki*. Estos carruages son fijos, tienen el eje de madera, y su forma, que casi siempre es la misma, permite en pocos instantes cualquiera recomposicion repentina en todas partes, ya consista en renovar las ruedas, ya los ejes, etc. En las ciudades de Rusia usan coches parecidos á los nuestros, y *droschki* (véase la lámina), pero nunca se ven cabriolés.

Los pocos años siempre son animosos: el que después de cuarenta no es cobarde, bien puede haber estudiado mucho, pero ha adelantado poco.

A las veces hace estimar y durable la escritura el sugeto de que trata.



Torre de Soubeka.

el fango para dejar libre el mejor lugar del camino á los ordenanzas del principe. Los particulares que viajan en posta disfrutan de igual privilegio, aun cuando se valen de él muy raras veces.

que hace á pasar revista á sus maletas y efectos, y no debe dejarse seducir por el vestido y aparato de ciertos aduaneros, ni por la honradez que tal vez piense hallar impresa en sus fisonomias; cuanto mas serviciales y



HEVA.

(NOVELA.)

I.

EL FESTIN.

Existe en la costa de Coromandel no lejos de Madrás y en otro tiempo desierto, un paisaje tan hermoso, que los viajeros no se han atrevido á hablar de él por faltarles frases á propósito; de modo, que han preferido ser antes acusados de omision que de injusticia. Solo Mr. Sonnerat se ha aventurado á esclamar: *¡cuán bella es la naturaleza indiana en las soledades de Tinnevely!* (1) alargándose á trazar en seguida la estadística de las factorías de Madrás.

Sobre los que me han precedido, poseo yo una considerable ventaja para pintar aquel paisaje; á saber, no haberle visto nunca: de otra suerte, no lo pintaría. He aquí pues, mi cuadro, de cuya semejanza respondo. Un lago, azul como una inmensa cuba llena de añil, se abre paso al través de una ininidad de pequeños golfos en una longitud de seis leguas: hácia tres de sus lados ciérrase el horizonte de este lago por una elevada montaña, y por verdes colinas de caprichosas figuras, semejantes á una sucesion de gigantescas corcobas de dromedarios; en la parte que da á la llanura, se parecen sus orillas á un vasto jardín de tulipanes amarillos, con sus altas palmeras por intervalos, á modo de piquetes, unas estrechamente agrupadas como miembros de una familia bien unida, otras aisladas á manera de los egoístas ó de los misántropos que huyen de la sociedad. Para imitar al lago en la formacion de sus bahías, hále á su turno salpicado la tierra de reducidos promontorios, cual otras tantas agujas de campanarios flotantes sobre las aguas, cuya ambicion regalan profundas espesuras de arbolado en que se entretejen á porfia los ébanos, los naúcleas y los arces, prodigados allí por la naturaleza para favorecer á los tigres que quieran venir á beber durante la noche sin ser vistos.

Tómese ahora el lector la pena de enderezar sus ojos hácia el pie de la montaña, y topará allí con un *chattiram* delicioso (2). Sus cuatro columnatas de arce como que traen á las mientes el órden Pæstum adornado en Londres, y no nos le hacen echar menos; su techumbre elevadísima deja un vasto paso á la circulacion del aire; su escalera de madera de sándalo tiene veinte y dos escalones, el último turno de los cuales se baña en el lago junto á una multitud de jóvenes elefantes que beben el agua y el sol. En esta posicion, oculta el *chattiram* una encantadora casa de campo, tal cual Adán la soñaba en el paraíso terrestre, luego que hubo cometido su falta, y vió erizado de cardones aquel maldecido suelo.

Esta voluptuosa habitacion, pertenecía en 18... al negociante mas rico de Madrás. Llamábase Munusamy: indio é idólatra de nacimiento, había cambiado de religion, haciéndose metodista, para casarse con la mas hermosa holandesa de Batavia, cuya dote, regalo de amistad del rico Palmer, montó á un millon de pesos. Palmer hubiera dado limosna al Perú.

Heva era el nombre de la bella holandesa, esposa de Munusamy. En la incierta fecha que mas arriba queda citada, contaba veinte y cuatro años. Si el lector no ha estado nunca en la India, no podrá formarse una idea de la fascinacion que ejerce una joven criolla en aquellos climas que abrasan á la vez el cuerpo y el espíritu. ¡Ay del extranjero que se sentaba por un momento en el peristilo de la casa de Heva, para admirar el lago de Tinnevely! En breve uno de los numerosos sirvientes del indio recibía la órden de convidarle á comer, y este festin, con tanta alegría aceptado, envenenaba moralmente al pobre viajero; porque veía á Heva, y en viéndola, olvidaba su país, su familia, y hasta á su esposa y sus hijos, supuesto los tuviese.

Frisaba el marido de Heva con aquella dichosa edad en que las pasiones suelen dejar al hombre en reposo, y como ademas se decía que no conocia la zelotipia, vicio de los países frios, ignorado en la costa de Coromandel, de aquí el que se holgase, en medio de su riqueza, de su soledad y de sus fastidios, con reunir una numerosa compañía en su casa de campo. Acontecia tambien, que esta sociedad de viajeros, sábios, artistas, y parásitos de las cuatro partes del mundo, se componia de jóvenes prendados de su esposa; los que se vigilaban tan bien reciprocamente, que el marido podía cerrar los ojos y prometerse, sin riesgo de salir chasqueado, la perpetuidad de su honor conyugal. A no haber tenido Penélope sino un solo adorador, de seguro Ulises siguiera la suerte de Menelao; contó, empero, ciento, y guardó por veinte años, de noche y de día, su virtud, sin dar de mano á su bordado.

A Heva, no la hacian la corte mas que veinte, y de ello se quejaba á su esposo algunas veces, encontrándose inferior en dicha á Penélope; decíala entonces el prudente indio:

—Encanto de mis ojos, hermosa Heva, veinte cubiertos tenemos en nuestra mesa, y en nuestra casa veinte habitaciones; sirvate esto de regla.

Apareció á la sazón en el lago de Tinnevely un joven sabio enviado por Mr. de Lacépède á la India en busca

de un *turaco* blanco (*turacus albus*). El museo de historia natural de Paris, no obstante sus riquezas universales, estaba incompleto: faltábale este pájaro, cuyo diseño había llevado Saavers á Londres, y Mr. de Lacépède no se dormía.

El viajero susodicho, se llamaba Gabriel de Nancy. Tenia letras de crédito para todos los banqueros de la India, y cartas de recomendacion para todos los sábios: estas, permanecieron á la sombra, al revés de aquellas que vieron en breve la luz del día. Había gastado ya sesenta mil francos del dinero de los contribuyentes, y el turaco blanco no parecía. Gabriel, despues de explorar inútilmente algunas penínsulas, tres continentes, dos costas y muchos archipiélagos, acudió al Tinnevely. Entretanto, Mr. de Lacépède aguardaba el pájaro con los instrumentos de la disecacion prevenidos.

Dejando la India abrasada, descendía el sol al Océano, á tiempo que Gabriel llegaba á la habitacion de Munusamy. Heva, sentada al abrigo de un mangle, oía maquinalmente los discursos de sus apasionados, que formaban un círculo á su alrededor; mientras que su marido, de espaldas á la compañía, enumeraba por una antigua costumbre de indio, las cuentas del rosario denominado *poitac*.

No obstante, su profesion de sabio, vestía Gabriel elegantemente, su semblante indicaba ingenio, y montaba á caballo con perfeccion. Dos negros manumitidos, si bien mas esclavos que nunca, se encargaron de las cabalgaduras de Gabriel y su sirviente; y Munusamy levantándose dijo al joven francés:

—Bien venido seas á mis dominios. Dulce os sea mi lago.

Los adoradores de Heva acogieron friamente á Gabriel, y la esposa del indio saludó al recién llegado con su abanico de plumas de *bengalis*.

Pocas palabras necesitó Gabriel para explicar el objeto de su mision científica, y Munusamy, como para significarle que ponía á su disposicion sus dominios, hizo un gesto que designaba los bosques y las montañas del Norte y el Mediodía.

Llamaron á comer, y en el momento, los veinte apasionados de la linda criolla, se levantaron ofreciéndola otros tantos brazos; pero ella, segun la costumbre indiana, tomó el de su marido.

El comedor sorprendió á Gabriel. Estaba cercado de claraboyas, y lo decoraban pequeñas columnas de madera de sándalo al estilo de una pagoda. En los cuatro ángulos, un número igual de fuentes depositaban sus aguas en estanques de granito de Elora, y doce negros en cuclillas sobre pedestales de ébano repartían la frescura, agitando anchos abanicos de plumas de pavo real. Los asientos de los convidados estaban formados de cocreitos de *naúclea*, y servían de escabel frescos y aterciopelados montones de hojas de acanto. Las nueces de betel humeaban en un perfumador de ámbar gris, y en los dos estremos de la sala y por las bocas de dos dragones de porcelana del Japon, surtían inmensos penachos de flores y ramas de odoríferos árboles; garzotas en que se entremezclaban todos los matices y perfumes de la poderosa naturaleza indiana: el *espondia*, apellidado la flor de Citeres; el *icampi*, originario de la China; el *lavantera*, de Cachemira; el *rima*, el *falsé* y el *marsana*, que sacude sus flores redondas y amarillas á manera de cascabeles de oro.

Peró el principal ornamento de esta sala de festin, era la joven Heva, la señora de la casa; ella embalsamaba, alumbra, enloquecía á los convidados; su divina beldad miraban todos únicamente mientras ella no paraba su atencion en ninguno.

—Sita, la diosa Sita, esposa del *Dios-Azul*, recostada bajo un mangle, y Lackmé, la diosa del placer, nacida en el jardín Mandana, no superan en hermosura á Heva en el templo de Ten-Toly. Asi se espresaba el indio Mirpour, negociante retirado de los negocios y una de las mejores casas de comercio de Madrás, su vecino. Mr. Goulab, ex-banquero de Calcuta, y natural de la aldea de Kiula, le respondía:

—A ser yo el *Dios-Azul*, me encarnaría por ella una décima vez.

Y los ojos negros de Goulab arrojaban llamas de resplandor siniestro.

El joven francés Gabriel decía á su vecino sir Eduardo Klerbbs, de Londres:

—Si me fuese dable conducir á Paris á esta muger, con el fin meramente de que figurase en *Hernán-Cortés*, haría la fortuna de Mr. de Jony.

En tanto que los demás convidados sin hablar palabra se contentaban con devorar suspiros Munusamy comía como un tigre en ayunas y bebía como bebe la sedienta llanura del Tchoultry, cuando tras una sequía de tres veranos recibe los favores de la benéfica lluvia.

Los manjares extranjeros eran servidos con profusion, y los vinos de Constancia, de Libia, y de Keriana, corrían á oleadas dentro de esas hermosas copas que fabrica el Jemidar en la roca del Thcaomak. Los sábios bebían á fuer de ignorantes.

Heva tocaba apenas con la punta de sus labios, y valiéndose al efecto de una aguja de oro, algunas partículas de un jamon de Labiata, oso soberbio que aterra á la isla de Panay; dijerais que hacia esta concesion á la naturaleza humana, para que se dudase aun de su divinidad. Preciso era ver con que gesto de negligencia desdeñosa rehusaba una estaquilla de turquiales rojos ó un ala de *peomerops*, cuya cola tiene doce plumas. A ratos aspiraba algunas gotas de la bebida que los indios componen con pimienta negra tamarindo y jugo de *wampi*, y entonces todas las miradas se fijaban en su

brazo, que replegándose á manera del cuello de un cisne, ponía en movimiento los cascabeles de pedrería de un brazalete de ambar amarillo al rozarse con una copa de lapislázuli; y las manos todas permanecían inmóviles, con el tenedor suspendido sobre los platos de china, no sea que dejasen los ojos escapar una de las adorables gracias que en aquel momento resplandecían en las yemas de sus dedos, en los hoyuelos de sus mejillas y hasta en los pliegues del cendal de *nanquin*, anudado sobre el corpiño de su *sari* indiano.

El imperturbable esposo hacia como que no la miraba, y esta que pudiera llamarse impudencia de su felicidad irritaba á los convidados. Munusamy parecía decirles:

—Os permito que la devoreis durante mi festin con vuestros ojos.

Luego que se hubo generalizado la conversacion, dijo el joven francés Gabriel á su vecino:

—¿En cuál de las especies clasificais á este marido indio?

—Tres meses hace que busco el capítulo que le corresponde en la *Historia natural* de Sonnerat, y no he dado aun con él: respondió sir Eduardo Klerbbs.

—¿Creeis que ame á su muger?

—Quizá no, ó quizá tanto como todos sus convidados juntos.

—¿Creeis que su muger le ame?

—Heva no ama á nadie, es positivo; pero puesto que á su edad y en este clima es preciso dispense sus favores á alguno, aunque nos cueste, tendremos que confesar que ese alguno es su marido.

—¡Diablo! replicó Gabriel. ¿Cómo amar á un hombre que tiene una tez bronceada, semejante á la puerta de una pagoda; quijadas de dientes de elefante, labios de mandril, ojos de tigre y un pescuezo de rinoceronte? ¿A un hombre que ha tomado para componer su cuerpo algo de cada uno de los monstruos de Asia? ¡Oh! imposible. Esa muger no ama á su esposo.

—¡Ah! las mugeres, las mugeres!... dijo con acento melancólico Klerbbs.

—Cá, ¿Pensais en eso aun, Mr. Klerbbs? Si este indio fuese á Paris, si se presentase en medio del mundo con su señora, á los tres dias se la probaría que un indio es un tonto.

—Tal vez, pero no irá á Paris... ¿Quereis que os dé un consejo? vecino.

—Dádmelo, Mr. Klerbbs.

—Todavía podreis salvaros.... Mañana, entre dos albas, montad á caballo y partid.

—De ningún modo. Espero una carta de Mr. de Lacépède que el *telinga* de Madrás debe traerme á Tinnevely, y los intereses de la ciencia son antes que todo.

—¡No os alucineis por Dios! Tambien he venido yo á explorar el lago con miras puramente científicas. La Sociedad Real de Londres, me sostiene á costa de grandes sumas de dinero para que descubra una obra inédita sobre la religion de los malabares, de que habla el Carnático. Dos mil libras llevo gastadas á la fecha, y nada he descubierto, y se me cree ahora en las orillas del río Triblicam, paseándome por arena capaz de cocer huevos de avestruz, y con un sol sobre mi cabeza que bastaría á asar mis sesos aunque resguardados bajo el cráneo. Yo, sin embargo, cómo al fresco en esta mesa hace tres meses. Vergüenza tengo de mi flaqueza. Aguardo cartas de Tranquebar. En este mundo siempre está uno aguardando cartas.

—De seguro, Mr. Klerbbs, no he visto en mi vida muger mas seductora; en todos los idiomas debe tener una espresion su hermosura: sus cabellos de un negro indiano, poseen adorables reflejos y un lujo tropical de vegetacion; sus ojos de límpido terciopelo, irradian tiempos como dos llamas de Bengala sobre el rosado marfil de las mejillas, sobre todo sus....

—Deteneos mi amigo, el recién llegado; harto sabeis ya para vuestra desgracia. Seguid mi consejo y partid.

—Imposible, os lo repito, Mr. Klerbbs; antes he de costear el lago de Tinnevely.

—No lo costearéis....

—Pero, Mr. de Lacépède....

—¡Ah! Mr. de Lacépède se halla á tres mil leguas de aquí, y vos os burlais de él y de todos sus pájaros disecados....

—Mr. Klerbbs.... ¿habeis quizá sorprendido, como yo, la sonrisa que ha lanzado á su esposo?

—Ciertamente.

—Esa sonrisa me ha hecho estremecer, no sé por qué....

—¡Ah!

—¡Oh que sonrisa! ¡Me pareció ver el sol levantándose en Ceilan de un banco de perlas y corales! ¿Será capaz de amar á semejante marido, Mr. Klerbbs?

—Os preguntareis á vos mismo eso veinte veces al día, y no encontrareis respuesta.

—¡Oh Dios mío! En Paris... con un marido de este porte!... ¡Oh!...

—Mi querido Mr. Gabriel, si todos los hombres casados tuviesen el temple de este indio, apuesto á que los *vaudevilles* no lamentarian tantas desgracias....

Munusamy se hace respetar á una legua en contorno.... ¿Quereis que os cuente sus dos últimos rasgos? El otro día mató al borde del lago de un pistoletazo, y á cincuenta pasos de distancia, á un *indri* del tamaño de una ardilla. El animal quedó enclavado en las ramas del árbol, con cuyos frutos, su golosina favorita se saboreaba.

—No le habeis matado, le dijo su ex-asociado Goulab, burlándose.—Munusamy se sonrió con una de esas sonrisas á lo *Boudh-Coura*, el espíritu malo de las noches

(1) No debe confundirse este punto con la provincia que lleva su nombre, y está situada en el cabo de Coromandel.

(2) Del sanscrito *tchatour quatre*.



(perdonad mi erudición), y lanzóse luego de un brinco al árbol, á modo de un tigre de Bengala, para coger el *indri* muerto y enseñárselo á Goulab; pero en el momento mismo en que su brazo se extendía hacia el extremo de la flotante rama, el pobre animal cayó al lago. Munusamy entonces suspendiéndose con una mano de la rama, se apoderó del *indri* con la otra, y replegándose despues sobre sí mismo como una serpiente, trepó de nuevo al árbol sin mojarse un solo pliegue de su pantalón blanco: ¿no es verdad que un *clown* ganaría en nuestro teatro de Athsley cien libras cada noche por ejecutar semejante paso?—Oid ahora su otra hazaña. El padre de esos elefantes que visteis á las orillas del lago, causó ayer grandes inquietudes á toda nuestra sociedad; atacado súbitamente de un violento parosismo, se adelantó á nosotros con la trompa levantada y las orejas tendidas, mugiendo como un huracán antes de la explosión. La hermosa Heva lanzó un grito de espanto; pero Munusamy, sin alarmarse, tronchó tranquilamente un fuerte tallo de aloes, cual vos lo practicarais con una caña de arroz, y precipitándose sobre el elefante, le obligó á tomar un baño en el lago, lo mismo que si hubiese sido una perra de aguas. Chan-ceaos, pues, con maridos de esta especie, aunque seais un elefante.... El indio Goulab, que se muere por los pedazos de Heva, pero que conoce á Munusamy mejor que nadie, tiembla como la hoja del cañafistolo imaginando meramente llegar á ser feliz en sus amores. Decíame uno de estos convidados la otra noche, poniéndose pálido:—Soy hombre perdido! Creo que Heva se ha sonreído conmigo.

—¿Qué diablos de cuentos de brujas me referis! respondió Gabriel.—¿Entonces qué estraña comedia representais vosotros aquí? ¡Haceis la corte á una muger, y temblais delante de su marido! Indio puro es todo esto, y no os comprendo á fé mia.

—Mr. Gabriel, si os figurais que el Tinnevely os regale los usos y las costumbres de París, os equivocais. Habiéis cambiado de planeta.—¡Singular mania de los parisenses! Pretenden tropezar y donde quiera con el *boulevard* de Gante, los salones de la *Chaussée-d'Antin*, y los maridos de *Molière*. Vive Dios, que si en el *East* ó el *West-India* se vistiese y hablase al ejemplo de París, lo mismo valdría permanecer uno en su casa junto al hogar, con lo que resultaría grande ahorro de carne salada, tempestades, naufragios y males de corazón.

Escitada á este tiempo la conversacion con las bebidas tropicales, se generalizó, y hasta Munusamy tomó parte en ella.

—Escuchad lo que en torno vuestro se habla. Mr. Gabriel, dijo Klerbbs, y os convencereis de que no estais en un *hotel* de la calle de Provenza, ó en un castillo normando.

La conversacion habia en efecto salido del círculo de esas costumbres nauseabundas que forman la vida absurda y constitucional de Londres y París. Al parecer, cada uno contaba un sueño, una historia que se atribuía á sí mismo, aunque solo cabia perteneciese á los personajes de los tapices chinos ó de los bajos relieves de los templos subterráneos de Elora. Los convidados hablaban todos el inglés; y, sin embargo, mezcladas con este idioma sordo y anguloso por efecto de sus dobles *w* se distinguían á cada instante las sílabas de los hermosos nombres indios, armoniosos como las desinencias del latín y del griego. A ratos se apagaba el rumor de las palabras, por abrirse todos los oídos para embelber la melocía que se desprendía de los labios de la reina del festín. Heva refería un episodio de su aventurera infancia: ya era un combate de búfalos y tigres que su protector Palmer la procurara, á costa de grandes sumas, para divertirla un momento; ya la maravillosa fiesta sus desposorios, en la que Palmer habia trocado una montaña en un volcan artificial y vertido á mares el añil sobre un bosque de arces y ébanos, elevados á manera de pira hasta las nubes, incendiándolo luego para perfumar el aire á treinta millas en redondo y hacer que luciese durante la noche un azulado día sobre el lago y las colinas de Tinnevely.

Refirió tambien el capricho galante de su esposo, quien despues de desparramar el oro á fin de despojar á la costa de Coromandel de todas sus palomas blancas y verdes, las mas hermosas del mundo, mandó atar á sus pies campanillas de plata, á la moda indiana, echándolas á volar como una armoniosa nube, al través del kiosco de la nupcial cámara. Con esto los recién llegados á aquel festín, de cualquier nacion que fuesen, comprendían que el Asia sola habia sido en todos tiempos el país de la verdadera opulencia, remontándose desde Palmer á Dario; y que en los demás puntos, hasta la riqueza del millonario es mezquina y raquitica, puesto que se esconde en los numerados sepulcros de sus ciudades; que pinta á la aguada sus fiestas campestres, arenosas, peinadas, tiradas al cordel con el compás del fastidio; puesto que Nortumberland en Londres y Roschild en París creen haber tocado á la cima de la suntuosidad, cuando logran lanzar una trahilla de trescientos perros ladrando tras de un zorro, ó reunir en una bicoca de la *Chausée d'Antin*, calurosa en el interior y por fuera transida de lluvia ó de nieve, á mil pobres convidados que oyen un duo, pisándose mutuamente sus pies aprisionados en unos zapatos de raso. Nunca se ha comprendido la opulencia sino en las espléndidas regiones donde el rico acierta á hacer con el sol un magnifico cambio de rayos y de oro.

Luego que los piramidales postres cogidos en los vergeles de la India acudieron á embalsamar los manteles, sonrióse Munusamy y dijo:

—Preparaos, señores, para mañana al despuntar el día; y cuidad de escoger buenos caballos, pues os lo recomiendo.

—Mil gracias, nabab Munusamy. Sois grande como Aureng-Zeb, primer rey de los marat, exclamó el indio Goulab, que semejaba á un elefante disfrazado de hombre y rugiendo de amor.

—¿Por qué le da gracias ese caballero? preguntó Gabriel á Klerbbs.

—Munusamy ha cumplido su palabra, respondió Klerbbs; hace dos meses que nos prometió una cacería para mañana, y la tendremos.

—¿Una cacería? ¿Y qué cazais vosotros?

—Tigres.... Aquí no se caza otra cosa.

—Mr. Gabriel, dijo Munusamy de un extremo á otro de la mesa y con voz que vibraba como un *tamtam*, Mr. Gabriel ¿estais seguro de vuestro caballo?

—Sí, Mr. Munusamy.

—¿Ha visto tigres?

—Sí, respondió Gabriel aventurándolo todo; pero añadió por lo bajo: tan fuerte es mi caballo con los tigres como yo.

El indio hizo una señal de cabeza y levantando la voz, dijo:

—Amigos míos, partiremos con la última estrella que se oculte tras el monte *Goala* (de los pastores). Mis cuerdas estarán toda la noche abiertas; y así los que no tengan confianza en sus caballos, podrán elegir entre los míos. Hemos concluido por ahora, señores.

Con esto se puso de pie y todos los convidados le imitaron. Heva, apoyándose maquinalmente en el brazo de su marido, distribuyó como una veintena de sonrisas á la sociedad; y saboreándose cada uno con la suya todos se retiraron contentos.

Klerbbs y Gabriel fueron los últimos que salieron de la sala del festín. Gabriel seguía lánguidamente con los ojos á la seductora estrangera que caminaba bajo arcadas de nisperos del Japon travesando con las lindas flores que flotaban sobre su rostro y sus espaldas. Lanzábala su marido miradas de león enamorado que ponían pavor á los hombres. Los dos indios Goulab y Mirpour, cual una escolta detrás de ambos esposos, probaban á continuar la conversacion del banquete; pero Munusamy sin torcerse, solo les contestaba por medio de monosílabos secos y desesperadores. Los demás convidados se alejaban formando grupos, segun sus costumbres y amistades.

—Sois hombre al agua, dijo Klerbbs á Gabriel; todos han comenzado como vos y Circe los ha trasformado en cerdos; aprovechaos, para salvaros, de lo que os resta de figura humana. Hacedlo. Cuando os queráis mirar mañana, á ejemplo de Narciso, en el cristal del lago, os sentireis con tentaciones de comer bellota y de tomar por pies vuestras dos manos.

La llegada del *telinga*, ó cartero del correo de Madrás, cortó el hilo á los consejos amistosos de Klerbbs. El mensajero indio dejando caer el baston cuyas chapas de hierro flotante abuyentan á la terrible serpiente *cobra-cappell*, distribuyó su correspondencia que llevaba encerrada en una caja de hoja de lata. Había una carta para Gabriel; Mr. de Lacépède le remitía el informe que habia leído á la Academia de las Ciencias y que terminaba de esta suerte:

....Todo nos induce á esperar que los esfuerzos de nuestro joven y sabio amigo Gabriel de Nancy serán coronados por un éxito feliz; de modo que poseeremos en breve un *TURRACUS-ALBUS* para mostrarlo á la celosa Albion, y en adelante la mas bella de las colecciones ornitológicas de Europa, no aparecerá deslustrada con un vacío indigno del Museo francés.

—Perfectamente, perfectamente, dijo Gabriel que se habia apartado á fin de leer su carta.

Buscó á Klerbbs, pero no le halló. Completamente solo se apoyó contra un pilar del *chattiram*, y principió á examinar su interior estremeciéndose con lo que alcanzó á percibir en lo mas entrañado de su espíritu, á saber: un amor á los cuarenta grados de Reaumur.

—Al cabo de unas pocas horas he avanzado hasta este punto, dijo allá en sus adentros; ¿pero cual será el fin de unos amores de tal manera comenzados?

Hablando así estrujó la carta de Mr. de Lacépède entre sus manos.

En torno suyo callado habian los hombres; pero la naturaleza resonaba con el solemne ruido de las noches de la India, porque bajo el estrellado cielo de Tinnevely todo toma dimensiones colosales. Oyese en nuestras campiñas europeas el canto monótono de los grillos y las ranas; en aquel rincón de la India las noches retumban con el rugido de los tigres que disputan un puesto en los abrevaderos; no se conocen otras ranas en el lago de Tinnevely.

—¡Oh! sí, exclamó Gabriel; esta naturaleza debe inspirar un amor como ella, poderoso; un amor que brote y se agrande en una sola noche como la vara del aloes.

Al entrar en la casa de campo se encontró con los dos indios Goulab y Mirpour que departían entre sí misteriosamente.

## II.

## UNA CACERIA DE TIGRES.

A la hora en que los *bengalis* se despiertan y cantan bajo las elevadas hojas del *tennamaram*, doce peones á caballo y con la carabina á lo bandolero estaban ya colocados por su órden en el camino desierto que conduce á la montaña de Goala. Llegaron luego los cazadores europeos, armados todos como fortalezas y vestidos de

blanco; Goulab y Mirpour vinieron en seguida, y el último fué Munusamy.

Gabriel reconoció con dificultad, á favor de la claridad de los candelabros encendidos sobre la azotea de la habitacion, al venturoso marido de Heva; tal era su favorable cambio. Habiase Munusamy trasformado en *Kouwera*, dios de las riquezas. Desnudo hasta la cintura, cubriale el resto de su cuerpo un pantalon de cachemira roja floreada que caía estrechándose sobre el tobillo, aprisionado con un anillo de oro; y á ejemplo de *Kouwera*, montaba un caballo de color de marfil blanco, cuya cola tenía á su estremidad una tinte de escarlata y que agitaba tres collares de perlas prendidos de su pechera. Diríase que el indio y el corcel, al pasar por delante de la tropa de los cazadores, no componían sino un solo individuo. El ginete gobernaba á su caballo nada mas que con las puntas de sus rodillas; y dejando flotar la roja brida, cual si fuese un inútil adorno balanceaba con una mano su carabina, mientras arrojaba con la otra monedas de oro á los mendigos, llamados *vingadassam* cuyas oraciones apaciguan á los *Shaktis*, terribles divinidades que los cazadores indios temen en alto grado.

El gefe de los peones distribuyó entre estos una provision de hojas de *betel*, mezcladas con la nuez de *arec* y polvoreada con sal de mariscos: ellos mascan esta droga como nuestros marinos el tabaco. Un aguador del Ganjes pasó entonces gritando: *Gangai-Tirtam*. Los cazadores indios, que aun se conservaban fieles al culto de *Siva* y cuyas frentes estaban marcadas con pólvora sorda, mojaron sus cabellos y dedos en el agua del santo rio, mirando de reojo á su apóstata señor que no se dignaba ni tocar el liquido del Ganjes. Munusamy no notó este incidente.

El halconero dió en fin la señal de la partida al son del *ridudi*, especie de tambor que se bate con una sola varita, y á manera de hipógrifos voladores la caravana arrancó del lago camino de las montañas del Norte.

Cuando la aurora hubo vertido en el cielo sus azafranados tintes, moderaron los cazadores el ardor de su carrera permitiendo ir al paso á sus corceles. Profundo era el silencio que reinaba en aquellas soledades sin huella humana; y hasta el espeso terciopelo de los crecidos céspedes contribuía á amortiguar el ruido de las pisadas de los caballos. El espectáculo no podia ser mas magnifico. Cuarenta ginetes, mudos como estatuas ecuestres, atravesaban una praderia virgen, esmaltada de campesinas flores que la flora indiana no menciona. Gallardeaba á la cabeza el marido de Heva, parecido á Wichnou visitando sus pagodas y detrás de él á modo de escolta, marchaban los doce peones, con sus turbantes colorados, sus negros y abultados mostachos, la carabina al hombro y la piel de tigre flotante sobre el brioso alazan. Cerraban la comitiva los viajeros y los sábios europeos, cabalgando dos á dos y volviendo á tiempos sus ojos para descubrir el lejano y dichoso horizonte en que dormía, á la sombra de una cúpula de palmeras, la bella y blanca reina de Tinnevely.

En su doble calidad de francés y de sabio, le fué imposible á Gabriel acomodarse largo espacio con aquel forzado silencio, que parecia uno de los rigores de tan terrible caza; allegóse, pues, pierna con pierna, á su amigo de la vispera, al filósofo Klerbbs, y entabló con él una conversacion á la sordina.

—¡Bajo mi palabra os digo que es preciso estar loco, como ese marido de pagoda, para dejar así á su muger y correr tras un fabuloso tigre!... En cuanto á mí, no creo en tigres, á menos que no estén en jaulas ó disecados. Lo que veo de cierto en esta cacería es un sol en lontananza levantándose de una negruzca roca y que antes de que promedie el día nos va á abrazar los sesos. Como que me siento, mi querido Mr. Klerbbs, con tentaciones de tocar á retirada; ¿quereis tornar conmigo á la habitacion del lago?

—¿Cómo, amigo mio! ¿os atreveríais á dar vuestra dimision de soldado en frente del enemigo! ¡Todo un francés! ¡oh! ¿quién oiría al *Madras-Review*?

—Pero, cuando no existe semejante enemigo ningun deshonor resulta de huir ante él.

—Es verdad, mi querido Mr. Gabriel; mas aqui existe, creedlo. Mirad como aspiran el viento los peones; observad como Munusamy enristra su carabina. Estamos metidos entre tigres hasta el pescuezo; mucho me temo que se halle de ellos esmaltada esta praderia.

—Fio en vos, Mr. Klerbbs; no obstante, contaba tan poco con la caza, que ni siquiera he cargado mi carabina ni mis pistolas de arzon. ¿Teneis pólvora y balas?

—He aqui mi provision; tomad.... pero, cuenta no pongais una carga de *turaco*.

—¿Qué horrible porcion de pólvora, Mr. Klerbbs! A fé que mas tiemblo por mis megillas que por el tigre... ¡Y tengo que atacar con una mitad de la carta de Mr. Lacépède! ¡Ay de mí! ¡Si el *Diario de los sabios* lo supiese!

—Bien, ya estais pronto, Mr. Gabriel; de un momento á otro puede venir el tigre.

—Pero, sir Eduardo; dispensad os lo vuelva á preguntar; ¿concebis este furor de Mr. Munusamy?

—¡Oh! si que lo concibo. Ese indio es un fino pícaro que se holgaría de regalar á los tigres una estaquilla de adoradores de su muger, y tal es su proyecto. Conozco yo, sin embargo, gentes de mas olfato que él....

—¿Cierto, sir Eduardo?

—¡Silencio! hablemos mas bajo, Mr. Gabriel. Hay misterios que cabalgan con nosotros... acabais de llegar y no sabeis aun nada.... ¡Yo soy de los primeros!



—¿Con que hay misterios, sir Eduardo?  
—Y esto os causa asombro! Por todas partes los hay. En nuestros países fríos donde el brillo del sol no deslumbra sino porque casi siempre está ausente, abundan pequeños misterios de gabinete y hogar, claros como el día y semejantes entre sí; pero en medio de estas espléndidas y ardientes regiones, los hay tenebrosos, inventados por la pasión y que no se parecen entre sí... Abris tamaños ojos, Mr. Gabriel; pues si mas los abrierais, nada veriais tampoco.

—Sir Eduardo, picais mi curiosidad con vuestros enigmas...

—Oh! en breve vos mismo los acertareis, ahorrándome alguna indiscrecion.

—Pero, sir Eduardo, debo advertiros que en mi vida he adivinado uno.

—Principiareis hoy.

—Por favor, sir Eduardo Klerbbs, ponedme en camino...

—Lo estais, mi querido compañero, y á caballo... Decidme, ¿qué veis en derredor?

—Un desierto y ginetes.

—¿Nada mas?

—Nada mas, según creo, sir Eduardo.

—¿Y no veis las pasiones ardientes, inexorables, que rugen en torno de un solo hombre? ¿No adivináis que no son los mas feroces tigres aquellos que buscamos?

—No no veo, ni adivino eso.

—Apuesto, mi voluble y ligero francés, á que habeis estudiado el corazon humano en Molière y la Bruyere: ¿no es verdad?

—¿Qué diablo de pregunta me haceis, sir Eduardo?

—Sí, amigo mio; poseemos, vos en París, y nosotros en Londres, dos ó tres observadores con anteojos, que han estudiado el corazon humano en el departamento del Sena y en el condado de Middlesex, no recelando siquiera que el mundo se hallase habitado, mas allá de Montmartre y de Hamstead, por millones de *corazones humanos* en nada parecidos á los del *Misántropo* ó de la *Scandals-School*! El tonto que dijo: *Tutto mondo e fatto come nostra famiglia*, fué un italiano paralítico de Florencia, que no habia nunca abandonado su tercer piso de la plaza del Mercado Nuevo.

—Concedido, sir Eduardo Klerbbs; pero ¿á donde pretendéis llegar con vuestros sempiternos prólogos?

—A muchas cosas, amigo mio; antes de todo, quiero probaros que en el huracan amoroso que muge en torno de Heva, soy el único que conserva su sangre fria y

su corazon libre.... Ayer os engañé... pues, no estoy enamorado.

—¿Cómo!

—Jamás me enamoro; es mi regla. He salido de Londres, porque Adisson me fastidiaba con su libro de observaciones, que nada observan. Punzábame el deseo de estudiar al hombre en el Asia indiana, mundo á parte, en que las flores son árboles, los ríos mares, cataratas las fuentes, leones los perros, los gatos tigres, y los caballos elefantes. La casualidad me ha empujado hácia la habitacion de este *nabab*, y hace tres meses que veo representar en ella una comedia, á la cual comparado el *Misántropo* queda reducido al alfabeto de la intriga y la observacion. En nuestro país las caras blancas, afeitadas y de delicados contornos, revelan fácilmente nuestras pequeñas luchas interiores; aqui los hombres burlan las mas escudriñadoras é inteligentes miradas con sus bronceados semblantes; ni una arruga deslustra sus carnes de metal. Me es preciso convertirme en mágico para adivinar la menor palabra de mi vecino: de consiguiente; cuánto no se aumenta mi triunfo siempre que alcanzo á sorprender un pensamiento bajo esas epidermis de bronce! Apoyaria con mi voto que se me erigiesen estatuas y altares.

Gabriel significó marcadamente su impaciencia; y conociendo Klerbbs que sus largos preámbulos fatigaban á su interlocutor, dió un giro mas claro á sus discursos.

—Veo, prosiguió, mi querido compañero, que sois de aquellos hombres que nada adivinan; y como el tiempo urge, necesario es haceros palpar las cosas. Dentro de poco, tal vez os pida el socorro de vuestro valor y vuestro brazo.

—Ahora, ya nos entendemos, sir Eduardo Klerbbs; contad conmigo.

—Oh! mi cabeza no corre riesgo; éste solo amenaza la del indio, nuestro Anfitrión.

Gabriel armó su carabina y sus pistolas, refiriéndose en sus estribos.

—Amigo mio, continuó misteriosamente Klerbbs, Munusamy está jugando hace tres meses una partida de ajedrez con Goulab y Mirpour, y hoy debe darse el *mate*; Por ambos lados se hallan bien colocadas las piezas; yo observo su entretenimiento, y decido de sus jugadas.

—¿Intentan asesinar al marido de Heva?

—No heris el blanco. Su intencion no es asesinarle; demasiado religiosos, cobardes y astutos para verter sangre á la márcara de los europeos, quienes se dejan echar las garras tontamente por los fiscales de S. M., han

entregado á Munusamy á los tigres, y estos no temen tribunales ni cadalsos.

—¿Y los veinte peones que le sirven de guardias de corps? ¿Y nosotros?

—¡Nosotros!... Haremos lo que podamos... Los veinte peones nada harán, pues todos están vendidos á Goulab; como él pertecen á la intolerante secta de Siva, no perdonan su apostasia á Munusamy.

—¿Y el indio no ha sospechado tan horribles proyectos?

—Algo sospecha el redomado pícaro; pero, quien que se cumplan, suceda lo que suceda. Fiase ademase su valor, en su fuerza y en su caballo. Veinte veces ha entreabierto la boca para comunicarle mis observaciones, pero él me la hubiera sellado con sus bronceadas manos, pues conozco á mi indio. Basta ya de conversacion; ¡Ojo avizor á los tigres, tengan cuatro patas ó dos pies!

Henchido de gracia y de frescura estaba el paisaje que primoreaba entonces ante los cazadores. No cabia á un pensamiento de sangre y muerte, elevarse en medio de aquella virginal y tranquila naturaleza, que al parecer no se vestia todas sus galas sino para los pájaros y el sol. El riachuelo de Lutchmi, decorado con dos franjas de frondoso césped, se escapaba de las profundidades de un misterioso valle, descendiendo con un murmullo encantador por un horizonte de colinas, y yendo á perderse en el abismo denominado el *Guzul*, que es una de las maravillas de la India. El Lutchmi llega por una insensible pendiente á la boca enorme del *Guzul*; y desatándose allí en una azulada cascada vertical, se precipita en aquel abismo, cuya profundidad nadie conoce. Rumor ninguno acompaña á tan inmensa catarata, que parece extinguir su estrepitosa voz en las entrañas de la tierra, sin que un débil eco retorne á las humanas moradas. Un torbellino de humo se desprende solo del precipicio, semeando mas al que brota de una cerceña del infierno, que á la espuma de una catarata rota entre horros tenebrosos. Descúbrense con espanto aquella prodigiosa masa de agua que resbala en silencio y sin despertar eco alguno ni en su tumba, ni sobre los escarpados flancos del monte Goala. En la orilla opuesta del abismo, como la tierra no se siente atormentada por el corte de la catarata, erizase con un lujo increíble de vegetacion, y arroja horizontalmente árboles salvajes, que parecen querer formar por imitacion una cascada de verdura, colmando así su mitad de abismo con aglomeraciones flotantes de descabelladas ramas.

(Se continuará.)

## ANEDOTAS.

—¿Por qué no escribe vd. comedias? preguntaba un amigo suyo á cierto autor de una tragedia silbada.

—No escribo comedias, le dijo, por que he leído á Molière.

—Es lástima en verdad, replicó el primero, que no hubiese vd. leído también á Racine.

El bufon de la reina Isabel de Inglaterra, estuvo mucho tiempo sin atreverse á presentarse delante de ella, efecto de algunas palabras picarescas y atrevidas que se le habian escapado. Al fin lo llamó un día la princesa, y al verlo llegar:

—¿Y bien, le dijo, vienes aun dispuesto á hablar mal de mí?

—No, señora, contestó el bufon; yo no acostumbro á hablar de cosas de que todo el mundo habla.

Un joven que iba á casarse se confesó la víspera con un religioso que sin dificultad le absolvió. Cuando ya se habia retirado del confesionario, recordó que no le habian echado penitencia y suponiéndolo un olvido, se acercó de nuevo al sacerdote: «Padre, le dijo, vengo á recordaros que no me ha-

## TEATROS ESTRANGEROS.



TEATRO FRANCES.—Escena de la *Judit*.—Holofernes, señor Beauvilet.—Judit, señora Raquel.

beis impuesto penitencia.

—¿Pues no me habeis dicho que os casais mañana? repelió el confesor. Con este tenéis bastante.

El sastre de uno de los mil caballeros de industria que pueblan á Madrid se presentó una mañana en su casa cuando aun estaba en la cama.

—¡Hola! mi buen amigo, le dijo alegremente el maula, ¿trae vd. la cuenta?

—Si señor, replicó el industrial, y me alegraría que vd. me la pagase.

—Abra vd. ese neceser. El sastre tiró de un cajón.

—Ese no, el otro.

El sastre obedeció. —No, hombre, de la izquierda; perfectamente.... ¿Qué ve vd?

—No veo mas que muchos papeles, dijo el sastre.

—Son cuentas tan bien; meta vd. ahí la suya. Y se volvió del otro lado.

En una representación de *Thibé*, un joven que jamás habia estado en el teatro, viéndose á Piramo que iba á matarse porque creia muerta á su querida, empezó á gritar: «¡Mamá! ¡mamá!... dile que vive para que no se mate!»

Hay muchos escribientes y pocos escritores, porque los mas se meten á este oficio sin legitima vocacion.

P. Isla.

Siempre son las dificultades del tamaño de los intentos.

Hernán-Cortés.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa núm. 8